

Director-propietario: Federico Corralba Pedreño

Cartagena Artística

~ Ciencias, Artes y Literatura ~

SUSCRIPCIÓN

En toda la provincia de Murcia, un mes, 1 peseta
Fuera de esta Provincia, un mes, 1,15 peseta

Se publica los días 1, 10 y 20 de cada mes

CORRESPONDENCIA

Deberá dirigirse al Administrador de "Cartagena Artística"
20, Calle del Aire, 20

Año 3. Núm. 68.

20 Febrero 1892

Sumario.

TEXTO.—*Biografía del Cardenal Belluga*, por Andrés Blanco y García.—*Muertos que viven*, por José Ruiz Noriega.—*Rima*, por E. Santos Cánovas.—*Madrigal*, por Manuel G. Rentero.—*La Dolorosa de Salcillo*, por Emilio Ruiz Abadilla.—*D. Baltasar Hidalgo de Cisneros*, por Adolfo Herrera.—*Angelitos al cielo*, por Dionisio Morquecho.—*Elena R. Whele*, —*El Globo de What*, por Federico Torralba.—*Correspondencia*.—*Defunción*.
GRABADOS.—*El Cardenal Belluga*.—*Elena R. Whele*.—*La Dolorosa de Salcillo*.—*Don Baltasar Hidalgo de Cisneros*.

EL CARDENAL BELLUGA

Cuando tendemos la vista en rededor nuestro, y vemos que entre el hervidero de pasiones cada vez más creciente, apenas brilla la virtud un momento, como rayo de sol en día nebuloso y destemplado, dudamos si la generación actual ha alcanzado una época de engrandecimiento ó de decadencia.

Es cierto que la ciencia en nuestro siglo ha arrancado á la naturaleza secretos mil que envanecen al hombre. Es cierto que á la voz del genio dominador han doblado su cabeza montes inaccesibles; que la humanidad ha aumentado sus relaciones y los pueblos han acortado sus distancias con los nervios de hierro que por todas partes se extienden; que la electricidad transmite y multiplica el pensamiento con la velocidad del rayo, y que se estrechan los continentes y se ensanchan los mares para que se consolide la fraternidad de todas las razas. Es cierto, en fin que el anhelo de saber y de perfeccionar el espíritu humano hace trabajar con actividad febril para que la verdad triunfe del error, y los derechos del hombre reconocidos y acatados por las naciones todas, puedan alzar su trono sobre las ruinas del privilegio y de la tiranía.

Todo eso, plausible y digno en sumo grado, no es otra cosa que el esfuerzo de individualidades, en consonancia con los deseos de nuestra propia naturaleza. Es el progreso que arrastra y empuja de una manera irresistible, como el viento que al rozar las desplega-

dos lonas de la nave, hace avanzar la quilla á través de las espumosas aguas que la sostienen.

En cambio ¡cuánta pequeñez por doquiera! Todo es lucha por lo superficial, por lo vano, por lo inútil. Lo que ha perdido la fé, lo ha ganado el fanatismo; y al olvido ó desprecio de las ideas, ha sucedido una verdadera idolatría por las personalidades. Mientras el sábio trabaja en su gabinete y se desvela por rasgar un poco el negro crespón de la

dianas al ser juzgadas por el tribunal de la Historia, mientras apenas hay quien recuerde los nombres de cien varones ilustres que asombrarían á la humanidad, si fuera dado levantar la losa de su sepulcro y animar aquel puñado de cenizas frías y desparramadas.

Uno de esos varones que floreció en el primer tercio del pasado siglo, y cuya vida es un tegido de hechos tan grandiosos como brillantes, fué el ilustre prelado, gloria de la Silla de San

ma, y parece que un nimbo de luz purísima circunda aquellos monumentos, como si la gloria del inmortal prelado estuviese allí esculpida para ejemplo y admiración de las generaciones venideras.

Los nombres venerandos de los cuatro hijos de Cartagena, Isidoro, Fulgencio, Leandro y Florentina, tienen en Murcia una alta representación, por la iniciativa del insigne Cardenal, en otros tantos edificios que levantó su munificencia. El primero, destinado á las carreras facultativas en la época de su fundación, sirve hoy para la segunda Enseñanza, y es uno de los Institutos más importantes que se conocen. El segundo continúa como al principio es el célebre Seminario, de cuyas aulas han salido tantos hombres notables como pueden haber producido los antiguos centros de Salamanca y Alcalá. El tercero fué hasta hace pocos años escuela de música, habiendo producido artistas muy distinguidos, y estando hoy abandonado y casi á disposición de la Comandancia militar. El cuarto es la casa de Maternidad, refugio de desgraciados, y cuyas grandes rentas, perdidas ó absorbidas por la irritante centralización de los gobiernos, apenas si bastan para librar del hambre á las infelices criaturas que son allí arrojadas por la mano despiadada de sus progenitores.

Si estos solo fueran los títulos que levantan y enaltecen el nombre del Cardenal D. Luis de Belluga y Moncada, bastarían para elevarlo sobre otros muchos que en la actualidad figuran como de gran importancia; pero su caridad y amor al verdadero progreso fué más allá: fundó un Montepío, ricamente dotado, para librar á los labradores murcianos, de las garras de la usura, y los páramos incultos [que existían en el valle del Segura próximos á la playa de Guardamar, tornáronse á su impulso en vergeles frondosos y en huertas amenísimas, brotando como por encanto una riqueza de gran importancia que difundió el bien entre millares de familias, víctimas antes de la pobreza más desoladora.

Todos estos hechos nos dan una alta idea de los generosos sentimientos del Cardenal ilustre, y su afán de en-



El Cardenal Belluga.

ignorancia, el positivismo social vicia y destruye el sentimiento de todo lo grande y de todo lo bueno; y al par que las arcas avaras de los poderosos se nutren con las cábalas del ágio y de la Bolsa, el pueblo languidece desangrado por odiosos tributos que amenazan la vida de la agricultura, de la industria y del comercio.

Por eso, en esta época de pequeñez y descreimiento, se alzan estatuas en vida á personas que no pasarán de me-

Fulgencio, el Cardenal de Sta. Práxedes D. Luis de Belluga y Moncada.

Para conocer su historia, no es preciso recurrir al libro y seguir sus pasos desde su nacimiento hasta su muerte: basta con andar unas cuantas calles de Murcia y fijar en ellas un poco la atención. Allí la caridad, esa hermosa virtud que tanto enalteció las dotes eminentes del memorable Obispo, aun exparce sus rayos bienhechores con el vivísimo ardor con que encendió su al-